

Agustín del Cañizo y García

5
4976

ORACION INAUGURAL

del Curso de 1927 a 1928 en
la Universidad de Salamanca.



SALAMANCA

Imprenta y Librería de Francisco Núñez Izquierdo,
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25.

1927

3
4376

DISCURSO

leido en la Inauguración
del Curso académico de
1927 a 1928. :: :: ::

9

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DISCURSO

leído en la solemne apertura del Curso
académico de 1927 a 1928

POR EL DOCTOR

D. Agustín del Cañizo y García

Catedrático de la Facultad de Medicina.



SALAMANCA

Imprenta y Librería de Francisco Núñez Izquierdo.

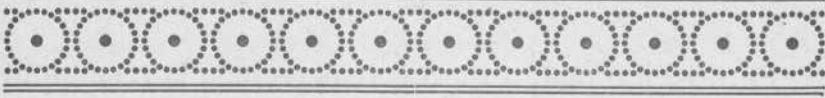
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25

1927

“Misión educativa y responsabilidad
moral del Catedrático.”

A la buena memoria de mi inolvidable padre, D. Juan del Cañizo y Miranda (que en paz descansa), cuya santa vida de sencillez y humildad cristiana fué la mejor lección de cuantas he recibido.

EL AUTOR



EXCMO. SEÑOR:



JÓVENES estudiantes: A vosotros, que traéis a mi recuerdo los luminosos días, ya por desgracia muy lejanos, en que el título de estudiante fué también nimbo de alegría sobre mi cabeza juvenil, van especialmente dirigidas mis palabras.

A vosotros todos, estudiantes, sin diferencias ni distinguos, colores ni matices; a todos vosotros, tal como yo puedo solamente concebiros, como conjunto único, como grupo compacto e indiviso, unido estrechamente por vínculos de juventud, entusiasmo y anhelos de verdad, mucho más fuertes y seguros que los hilillos de argucia y artimaña, que ya se enredan en vuestros pies a los primeros pasos por la vida.

En vosotros solamente he pensado al bosquejar este trabajo, que no ha de ser memoria doctrinal, ni oración académica, sino charla amistosa de antiguos camaradas. Estudiante fuí también durante largos años, y azares imprevistos de la suerte dispusieron, que al terminar mi aprendizaje y como quien dice de un salto, pasase de discípulo a profesor. Muy rápido y prematuro fué tal cambio y hoy, después de veintitrés años de práctica docente, creo ver bien claro que mi espíritu no poseía entonces la madurez y el temple delicado, que la misión del maestro necesita.

Pero bien o mal, a tuertas o derechas, la resultante definitiva ha sido, que los años de mi vida se desgranaron casi por completo en el seno mismo de la Universidad. Soldado veterano soy de las milicias universitarias y como tal ha de serme grato departir amigablemente con vosotros, soldados bisoños y reclutas de hoy, sobre lo que debe ser y representar para nosotros esta bandera, bajo la cual vamos alistados en cruzada incansable por la verdad y el bien.

Al mismo tiempo también me será gustoso referiros andanzas y episodios, impresiones y recuerdos de aquella mi época de estudiante que, por lo menos, refrescarán un rato vuestra atención, distrayéndola de tareas más esforzadas; y si al mismo tiempo lograrse hacer llegar hasta vosotros, siquiera un ténue vaho del fervoroso amor a la Universidad, que alentó en mi pecho y conmovió mi mano, conforme trazaba estas cuartillas, quedaría del todo satisfecho en la creencia de haber cumplido mi deber.

Y la primera impresión, que fosforece y destaca en la penumbra de mi memoria, es la transformación radical y profunda, que mi espíritu y persona hubieron que sufrir, en su tránsito por la Universidad. A todos vosotros habrá de sucederos seguramente lo mismo, pues por razón natural de edad y tiempo es durante nuestra permanencia en las aulas, cuando tiene lugar esa transcendental metamorfosis, mediante la cual, de la crisálida del niño, surge y brota como por encanto el alma pujante del adulto.

Pero lo verdaderamente importante y trascendental de todo ello, es que para tal cambio surja a su debi-

do tiempo y arribe a completa y perfecta floración, es de todo punto necesario que el estudiante encuentre en el ambiente de la Universidad, calor de corazones, fuego de pasión, compenetración mutua de maestros y discípulos; algo tan íntimo y entrañable como el amor de padres e hijos; algo, en fin, que no es la enseñanza escueta de la cátedra, ni el árido aprendizaje de una técnica, sino que es o debe ser la irradiación del espíritu universitario, irradiación de amor y simpatía que infiltrándose por los poros del alumno y saturando su alma entera, ha de hacerla vibrar al unísono de sus anhelos, de sus entusiasmos y de sus inquietudes.

No podremos concebir nunca una Universidad perfecta, sin esta modalidad o polarización educadora y afectiva de sus enseñanzas; pero el hecho es, y de ello hemos de lamentarnos y acusarnos a un tiempo mismo, que la Universidad actual tiene hartado descuidada esta alta misión educadora, en la que debiera continuar y completar aquélla que se inicia en el seno de la familia y se continúa en la escuela de instrucción primaria.

Este ha sido ya motivo de alarma y preocupación profunda, para algunos espíritus escogidos, que han sentido hondamente el problema de la enseñanza nacional. El inolvidable D. Francisco Giner de los Ríos, tan conocedor de nuestros problemas pedagógicos, nos lo expresa en la siguiente forma:

«.....la escuela primaria, por su índole, jamás podrá prescindir de su carácter educador..... lo hará mejor o peor, a tuertas o derechas, con más intensidad o con menos, pero no puede prescindir de hacerlo; de aquí la superioridad del maestro desde el punto de vista pedagógico, no obstante la brevedad de sus estudios; de aquí que la Universidad, con todas sus mucetas, borlas y me-

dallas, tenga mucho que aprender de la escuela, por decaída y mísera que esté, como lo está de hecho entre nosotros y que la reforma de los métodos con la consiguiente reorganización de nuestra enseñanza y de nuestra educación y de nuestra vida entera nacional, sea de la escuela y no de la Universidad (como grupo) de quien deba en primer término esperarse.» (Giner de los Ríos. *Obras completas*.—T. XII.)

Aun con mayor ahinco y donosura desenvuelve y completa la misma idea en los siguientes párrafos:

«Para una enseñanza educativa, cual la del pueblo griego, siempre será un misterio, como el más docto de nuestros profesores no sea siempre el más honrado y culto, el de espíritu más elevado, el de gustos más nobles y hasta el más limpio, fino y presentable. Pero el que conozca el carácter de nuestra organización docente comprenderá con harta facilidad cómo a un jayán rústico se le puede llenar la cabeza con tantos o cuantos celmines de literatura, leyes o anatomía y dejarlo tan rústico y tan jayán como antes»..... «Porque un hombre sepa más giros y palabras griegas o más caracteres de insectos, o más artículos de la ley hipotecaria o más fechas, fórmulas, inscripciones y titulillos, sin haber nunca penetrado en las entrañas de la naturaleza, de la historia, del lenguaje, del derecho, del arte o de la matemática ¿qué tiene que ver toda esta erudición y sabiondez con la Ciencia, que es sólo cualidad, ni con la educación y progreso esencial del individuo?»

Este fué también, indudablemente, el mismo pensamiento que inspiraba a D. Joaquín Costa, cuando pedía en 1898 la mejora de la instrucción primaria, elevando la condición social del maestro «con la mira de formar hombres y no sabios.»

Cuando vuelvo la vista hacia mis años juveniles y me detengo a contemplar lo que la Universidad fué para mí y para mis compañeros, lo que ha sido y es, en general, para todos los que en ella cursan sus estudios, más y más me doy cuenta de la profunda verdad y trascendental importancia que entrañaba la demanda de aquel patriota insigne; porque lo que pudieron ver mis propios ojos, fué efectivamente, que lo más que logra la Universidad, cuando lo logra, es llenar de hecho nuestras cabezas, con un caudal más o menos compacto y útil de conocimientos, pero sin cuidarse poco ni mucho de despertar y dirigir nuestras aficiones, de enderezar o ennoblecer nuestro espíritu, de moralizar nuestras tendencias y de templarnos o confortarnos para las andanzas de la vida.

Y a esto y no a otra cosa debe tender siempre el catedrático que aspire a merecer el sagrado título de Maestro. Algunos, muy pocos, de estos Maestros insignes tuve la suerte de conocer y de ellos quiero hablaros en esta ocasión, tanto para honrar su memoria y rendirles tributo de gratitud, cuanto para que el recuerdo de su ejemplo os diga, con más elocuencia que yo pudiera hacerlo, la influencia bienhechora del Maestro que sabe cumplir su misión educativa.

Es de todo punto indudable que por el influjo más o menos directo y fecundo de nuestros padres y hermanos, de nuestros compañeros y amigos y muy especialmente de nuestros Maestros y Profesores se ha de ir puliendo y modelando la personalidad de nuestro espíritu: que así como el cuerpo se forma, crece y desarrolla por la aportación de partículas cósmicas, que de fuera nos vienen, nuestra alma también es un mosaico formado por la incorporación y encarnadura de los eflu-

vios, inspiraciones y contactos, que de las otras almas recibimos.

Salvo muy raras excepciones, que de lleno caen en el campo de lo monstruoso o patológico, no podemos aceptar hoy una morfología cerebral especial de hombre delincuente, como tampoco una privilegiada arquitectura histológica de los espíritus delicados y selectos. Tanto o más que el peso y calidad del diamante prestan valor a la joya de nuestra inteligencia el arte y las delicadezas de su talla. Como ha dicho un poeta mejicano:

Nadie nace bueno;
La bondad se hace,
Como el vino añejo.

(Torres Bordet).

De mi paso por el Instituto y primeros años de Facultad, poco bueno puedo referiros: en ellos pasé largas horas de aburrimiento y de nostalgia, mascullando lecciones indigestas cuya finalidad y alcance raras veces llegaba a comprender. Esta sensación del esfuerzo inútil, del trabajo baldío y sin finalidad reconocible, es indudablemente una de las cosas que más enervan y deprimen el espíritu del joven estudioso, y todos los que sois o habéis sido alguna vez estudiantes, recordaréis seguramente con horror aquellas cátedras, en las que el ánimo más intrépido se encoge y anonada ante la triste y absoluta evidencia de la inutilidad de sus afanes.

Recuerdo a este respecto, lo que cuenta Dostoiefsky en su novela *La casa de los muertos*, con referencia a los trabajos de los deportados en Siberia: «El forzado hace ladrillos, cava la tierra, construye, y todas sus ocupaciones tienen, en más o en menos, una finalidad y

una significación. Algunas veces el prisionero llega a tomar interés por lo que está haciendo y entonces desea trabajar con mayor habilidad y ventaja. Pero si se le dejase limitado simplemente a echar agua de un cubo en otro o llevar tierra de uno a otro sitio, sin finalidad ni objeto alguno, yo estoy convencido de que a los pocos días el prisionero llegaría a suicidarse o a cometer mil crímenes, antes que soportar aquél tormento. Es evidente que tal castigo, más que una corrección sería una tortura, una atroz venganza.»

Pues este mismo suplicio, que aun para presidiarios sería, como veis, tormento insoportable, hemos tenido que padecer y soportar estóicamente los estudiantes españoles, en algunas de nuestras disciplinas. Es de todo punto evidente que un motor puesto en tensión y que no realiza un trabajo externo, se requema o estalla, si no tiene una válvula de seguridad, que dé escape a sus energías. Y los estudiantes tienen para estos casos, afortunadamente, una válvula salvadora, la de su buen humor que convierte en diversión y regocijada chacota, lo que realmente no sería posible tolerar en serio.

Yo recuerdo, de mi época de estudiante, algunas cátedras famosísimas en las que cada explicación era una pantomima y el curso un completo jolgorio. En algunas de tales llevábamos merienda, se daba suelta a gatos y ratones y se jugaba a la baraja o a pares y nones con los etcéteras que decía el profesor.

Es muy posible que también podáis recordar vosotros de alguno de esos catedráticos camarrupas, como los designó chuscamente D. Miguel de Unamuno, con cuyas anécdotas, candideces y coladuras, tema perenne de regocijado comentario para el estudiante, se podrían escribir libros voluminosos y divertidísimos.

Justo es consignar, en honor de la verdad, que esta casta o especie del catedrático bufo, va desapareciendo ya de la fauna universitaria, por suerte y beneficio de la misma.

En cambio, tengo un recuerdo verdaderamente grato y efusivo del primer Maestro digno de tal nombre, que tuve la suerte de encontrar; y fué un viejo Profesor de Matemáticas, D. Javier Cia, del que seguramente conservarán memoria semejante, todos los que por entonces cursaron sus estudios en el Instituto de segunda enseñanza de Segovia.

Era un señor de edad muy avanzada, alto, seco y apergaminado, como D. Quijote y también con algo quijotesco en todo su porte y compostura. Por de pronto él fué el primero en combatir nuestra costumbre rutinaria de aprenderlo y decirlo todo de memoria; nos hacía pensar, nos incitaba a discurrir, a penetrar en el fondo de las cuestiones y se gozaba demostrándonos cuán sencillas son éstas, cuando a la luz del entendimiento se las desentraña y analiza. El fué también el primero que despertó nuestra dignidad personal; nos trataba como a hombres hechos y nos hablaba siempre de usted, con toda clase de miramientos y consideraciones. No podía soportar la más leve mentira y nuestras informalidades e insulseces de chiquillos, le hacían muchas veces fruncir el ceño y aun crispár los puños, pues conviene advertir que era un hombre de carácter arrebatado y fuerte, pero se dominaba siempre de manera instantánea y sin haber dado jamás expansión a palabra colérica, ni frase mal sonante, apelaba con razones muy sentidas a nuestro honor y caballeridad. Todo esto, que al principio nos desconcertó un tanto, pues arrapiezos éramos de doce o trece años y acostumbrados a ser

tratados como tales, no tardó mucho, sin embargo, en hacer mella en nuestra conducta; creo que desde entonces empezamos a tener una idea más seria de nuestros deberes y también a percatarnos de la consideración a que todo estudiante tiene derecho, por parte de sus superiores.

Sentía, además, profundo interés por la enseñanza y verdadero amor por sus discípulos; no puedo resistir la tentación de referiros un sucedido, que bien claramente lo revela:

Un día que, según costumbre establecida, me quedaba yo con él al final de la clase para darle cuenta de las faltas, porque no quería perder tiempo pasando lista, se quedó también por mandato suyo otro alumno, muchachillo travieso y atolondrado que solía perturbar la seriedad de la clase, con alguna de esas gansadas o impertinencias tan frecuentes en esa edad.

Don Javier requirió papel y pluma, como disponiéndose a tomar nota y dijo al alumno:

—Tenga usted la bondad de decirme el nombre y las señas de su padre.

El muchacho, por toda respuesta, rompió a llorar amargamente.

—¡Que me diga usted las señas de su padre!—Insistió don Javier, un tanto amostazado.

El alumno seguía llorando sin decir palabra y don Javier, que por tercera vez repetía la pregunta, iba perdiendo los estribos.

Por fin el muchacho pudo responder entre sollozos:

—¡No tengo padre, don Javier!

No soy capaz de describir qué súbita transformación tuvo lugar en el semblante del noble anciano; se levantó titubeante y estrechando al alumno entre sus brazos

y ayudándole a enjugar sus lágrimas, díjole una y otra vez con voz conmovida:

—¡Perdóname, hijo mío, perdóname!

Después, a una señal suya nos marchamos; pero al volver la cabeza para cerrar la puerta, ví que el Profesor tenía la cara oculta entre sus manos y no me cupo duda de que lloraba.

Desde ese día don Javier mostró un interés y afecto verdaderamente paternales por aquel discípulo, que a su vez le correspondía con una veneración y un cambio de conducta tan manifiesto, que a todos asombraba y ninguno sabía cómo explicar.

Al llegar al cuarto curso de carrera, la suerte fué verdaderamente magnánima con nosotros, deparándonos dos Maestros insignes: D. Alejandro San Martín y D. Manuel Alonso Sañudo, Catedráticos, respectivamente, de Clínicas Quirúrgica y Médica, ambos con una fama profesional tan bien lograda y un prestigio científico y moral tan sólido y firme, que desde el primer momento nos los hizo respetables y atrayentes. Fué también ventaja incalculable que nuestra permanencia con ellos se prolongase durante los tres años que nos restaban de carrera y más aún que nuestra calidad de internos, con servicio en las Clínicas, diese margen a una convivencia e intimidad de relaciones sumamente propicia para lograr pingüe cosecha de sus provechosas enseñanzas.

Era D. Alejandro San Martín, cuando le conocimos, hombre más avejentado que realmente viejo; de barba y bigote blancos; alto, seco, sarmentoso; de complexión que debió ser recia, pero minada por larga y roedora

enfermedad que hacía apuntar a su mirada y noble fisonomía, una expresión de sufrimiento resignado, de dulce y lánguida tristeza, como la de un Cristo en la cruz.

Vestía ropas de elegante factura, pero con cierto desaliño y abandono que por otra parte rimaba muy bien con su aspecto sencillo y descuidado de noble hidalgo campesino. Su palabra era pausada y correcta; su pensamiento original, elevado y substancioso.

Recuerdo, como si hubiera sido ayer mismo, su presentación ante nosotros el día que nos dió su lección inaugural: vestía de frac y llevaba al cuello la medalla de Catedrático; su actitud fué tan majestuosa y digna, pero al mismo tiempo tan paternal y afable, que todos salimos encantados, sintiendo que desde aquel momento se nos adentraba por el alma una admiración y un respeto, que el tiempo se encargó de ir acentuando, a medida que más y más nos descubría los tesoros de su sabiduría y bondad.

Si la figura de San Martín despertaba nuestra veneración, la de D. Manuel, como llamábamos siempre a Sañudo, irradiaba por todas partes afabilidad y simpatía.

Joven, guapo, elegante, de cabeza erguida y mirada retadora, suscitaba a la primera impresión algo que hubiera podido interpretarse como de orgullo o altanería; pero tan pronto se cambiaban con él las primeras frases, aquella mirada, que al principio impusiera, tornábase tan afectuosa y benévola, tan insinuante y acogedora, que, como por encanto y sin darnos cuenta, nos encontrábamos unidos a él con vínculos de una confianza tan franca, de una amistad tan entrañable y seductora, como pudiéramos tener con un antiguo camarada.

Tenía un espíritu penetrante y fino, desenfadado y

burlón en ocasiones, como de madrileño neto que era, pero siempre dentro de un marco justo de distinción y delicadeza, que eran adorno peculiar de todas sus acciones y pensamientos.

El donaire de sus frases y sus comentarios chispeantes o satíricos de cosas y personas, fueron para mí muchas veces más sustanciosos e instructivos que largas horas de lectura. Todos los alumnos le adorábamos y más que a un Profesor, creíamos tener en él un compañero afectuoso y distinguido.

Estos dos hombres inolvidables de aspecto tan distinto, de carácter y tendencias diferentes, excéptico el uno, creyente fervoroso el otro, pero ambos ungidos con el óleo sagrado de su amor por la enseñanza, fueron los maestros que ejercieron más poderoso influjo en la formación y desarrollo de nuestra personalidad. Influencia tan poderosa, duradera y profunda que no sólo en nuestra orientación científica y modo de pensar, sino que hasta en nuestro comportamiento externo se refleja: todavía después de tantos años transcurridos, cuando hablo con algún compañero de entonces o le veo actuando en conferencias, explicaciones o discursos de cualquier índole, voy maquinalmente acotando y percibiendo con toda claridad: este ademán o modo de decir, es de Sañudo; esa actitud o aquel giro, son de San Martín.

Y no es personal o particularmente mía esta apreciación entusiasta de aquéllos hombres; todos cuantos con ellos estudiaron en el mismo curso o en cursos diferentes, sin distinción de gustos, tendencias y capacidades han sentido por ellos el mismo respeto, igual cariño, idéntica veneración. Pero lo más trascendental, lo que no se explica a primera vista, lo que más debe intrigarnos y hemos de buscar con mayor ahinco, es el

origen o razón primordial de tan singular influencia. No era ciertamente, con ser ya esto mucho, su capacidad científica y el perfecto dominio de las materias que explicaban; algún otro profesor tuvimos a quien, en tal respecto, nadie pudiera aventajar; era principalmente su actitud hacia nosotros, su aproximamiento y compenetración con el alumno y más que nada aquella devoción que ponían en el ejercicio de su ministerio y que se revelaba en el entusiasmo con que nos llevaban al trabajo, el interés con que alentaban nuestro esfuerzo y la satisfacción y alegría que les irradiaba en el semblante al vernos vencer dificultades y lograr triunfos, que como suyos propios festejaban. Era, sencillamente, que tenían alma de maestros.

Dije anteriormente, que al evocar en este acto las figuras gloriosas de quienes fueron mis maestros, hacíalo con el meditado propósito de que ellos os hablasen por mí; de que su ejemplo os sirviese de lección; una lección póstuma que de ellos viene y en la que yo cumplo solamente el papel de trasmisor.

Y ellos nos dicen bien claramente con su ejemplo, que lo primero que se necesita para ser Maestros es vocación, afán y gusto de enseñar, ansia sagrada de engendrar discípulos, de crear escuela, pero siempre con un espíritu abierto, amplio y tolerante, en el que se huya cuidadosamente de todo dogmatismo.

Era costumbre de antiguos pueblos orientales y creo lo es aún entre algunas tribus salvajes, aplicar a la cabeza de los recién nacidos ciertos vendajes o entablilladuras, con el deliberado propósito de dar a todos los cráneos una configuración uniforme y determinada; la

epilepsia, la ceguera, el idiotismo y las más diferentes formas de diplegias y encefalopatías infantiles, eran la consecuencia inevitable de tan nefasto proceder. Pues igualmente nefasto ha de ser todo sistema de enseñanza, por el que se pretenda hacer entrar el espíritu del discípulo en una horma o molde determinado, para que con él se adapte y configure.

Corre también por ahí frecuentemente un tópico manido y desgastado, pero que expresa con gran fidelidad el equivocado concepto que muchas gentes tienen de la enseñanza y educación; dícese que es necesario forjar el alma de nuestra juventud. Pero la mente humana no es bloque de hierro, ni de mármol, ni su labor puede ser nunca obra de martillo, ni tan siquiera de cincel. No podemos permitirnos actuar como forjadores, ni aun como escultores del alma ajena; cada uno ha de serlo de la suya propia. Nuestro trabajo ha de ser más semejante al del horticultor o jardinero que vigila y cuida el desarrollo de la planta, que la abriga del frío y la da el riego necesario; que la injerta savias nuevas y la limpia de partes secas o podridas, pero respetando siempre su vitalidad intrínseca, su desarrollo espontáneo y libre.

No puede haber tampoco peor sistema educativo que aquel que pretenda actuar sobre el espíritu del educando, empleando alternativamente el halago del premio o la amenaza del castigo, o como aquel que dice, «con el pan en una mano y el látigo en otra». Tal sistema podrá dar resultados muy felices para domar un caballo, domesticar un tigre o amaestrar una cacatúa; pero para hombres que llevan dentro una dignidad y una conciencia, tal sistema sólo puede conducir a dos opuestas reacciones: o a una insubordinación franca, impetuosa y anarquizante, o lo que es todavía peor y más frecuente, a

una gazmoñería solapada e hipócrita, en la que se aprende muy bien a esconder la garra para hacer el zarpazo más seguro e impune.

El primer cuidado de todo sistema educativo ha de ser prescindir de toda violencia y respetar ante todo y sobre todo la libre personalidad, el inviolable albedrío del discípulo. Las únicas herramientas de que el maestro puede servirse honradamente han de ser la persuasión, el cariño, el convencimiento y la ejemplaridad; nunca la fuerza autoritaria ni tan siquiera la sugestión. Por eso, en vez de pretender forjar el alma del discípulo, hemos de poner singular empeño en modelar bien la nuestra, para que él pueda tomarla libremente como patrón y ejemplo de la suya y para que, conforme sus gustos y tendencias, copie, modifique, añada y perfeccione.

Se habla también mucho de que es necesario robustecer la autoridad del catedrático para mantener la disciplina escolar; pero conviene que nos pongamos primeramente de acuerdo sobre lo que hemos de entender por disciplina, pues es bien seguro que muchos sólo conocen por tal nombre aquélla con que se dan disciplinazos. Y no puede haber criterio más equivocado y absurdo, por lo menos en lo que hace referencia a la disciplina escolar.

Hemos de estar bien convencidos todos, de que la autoridad del catedrático no podrá sostenerse nunca con amenazas ni castigos, rigorismos y represiones, ni con disposiciones disciplinarias y coercitivas. La autoridad del Maestro es exclusivamente jugo que rezuma de su saber y honorabilidad, de su simpatía e influjo personal sobre el alumno. Siempre pude ver, durante mi larga vida, de estudiante, que el profesor que tales dotes poseía

no necesitaba de leyes, ni disposiciones reglamentarias para gozar del respeto y obediencia de sus discípulos.

Hay también que tener muy en cuenta que el arte de mandar es algo más complejo y delicado de lo que a primera vista parece. Oigamos a este respecto lo que nos dice una voz tan autorizada como la del insigne pedagogo alemán Föster, en su famoso libro *Staatsbürgerliche Erziehung* (2.^a edición), al abordar el problema de la disciplina bajo las modernas condiciones de vida. Dice así en la página 27: «Parece que nunca se haya rebelado el mundo tan apasionadamente contra el principio de la disciplina, como en la época actual. Pero si se considera la cuestión con más exactitud, puede verse que no se trata de una rebelión contra la disciplina como tal, sino contra una determinada clase de disciplina. Los hombres quieren en el fondo obedecer y aun quizá nunca fué tan grande la necesidad de un legítimo director, como en el moderno caos de fuerzas desenfrenadas; pero los hombres quieren obedecer como ciudadanos libres, no como siervos en cadenas, como personalidades morales y no como perros azotados.»

Haciendo apreciaciones sobre lo que debe ser el arte de mandar, dice en el mismo libro, página 29:

«Hay no pocos militares, hasta de muy alta graduación, que parecen no conocer todavía que exista un arte de mandar y que la energía en la voz de mando, no es en modo alguno la principal condición para el apropiado ejercicio de tal arte..... El arte de mandar ha de saber unir la inflexible energía del mandato con la caballeresca consideración hacia la persona que obedece.»

Y en la página 31 añade: «El principio de autoridad tiene hoy literalmente asqueados a muchos hombres por ser tan falto de tacto y desconsiderado con los benefi-

cios de la vida personal. En la curación de estos males estriba una de las misiones principales del tiempo venidero».

Veamos ahora, en contraposición de la disciplina férrea y autoritaria, cuan era la disciplina de Platón y los comentarios que hace de ella D. Marcelino Menéndez Pelayo, en su famoso libro *Historia de las ideas estéticas en España*:

Dice Platón en el Theages:

«Yo nada sé, fuera de una exigua disciplina de amor». Y quería dar a entender con esto que su enseñanza no era dogmatismo estéril y cerrado, sino que se fundaba en la simpatía entre Maestro y discípulo; fusión íntima, secreta, misteriosa y divina, única que puede hacer fecunda la transmisión de las ideas, de tal modo que éstas no caigan en el alma del oyente, como en tierra ingrata a los afanes del cultivador». (M. Pelayo.—*Historia de las Ideas estéticas en España*.— I, 7).

Tales palabras no admiten comentario. Mi único aditamento a ellas ha de ser bendecir la memoria de aquellos inolvidables Maestros que fundieron su espíritu con el mío, en tan sabia y santa disciplina.

Pareceríame que omitía algo muy importante en estos recuerdos de mi vida escolar y había de sentir remordimientos de conciencia, si no hiciese mención, siquiera sea muy somera y rápida, de mis condiscípulos y amigos de entonces; de aquellos simpáticos camaradas, con los que compartí penas y glorias, que con su alegre despreocupación y juvenil donaire vivificaron mi espíritu, al par que con su ejemplo me estimulaban y fortalecían.

Cuan hondo y decisivo es el influjo de la amistad en la evolución y despliegue del alma juvenil, es asunto trivial de puro sabido: «dime con quién andas, te diré quién eres», invocamos muy a menudo los padres, bien dispuestos siempre a inculpar la perversión de nuestros hijos al nocivo efecto de malas compañías. En cambio no concedemos, por lo general, a los amigos la parte que legítimamente les corresponde en la formación y florecencia de las cualidades buenas, que juzgamos más bien como don del cielo o privilegio especial de la naturaleza.

Por mi parte puedo decir, que considero como una inmensa fortuna el haber tenido por compañeros de Universidad a jóvenes cuyo entendimiento privilegiado y cuya pureza de corazón estaban por encima de todo elogio, habiéndoles traído a ocupar los puestos más preeminentes de la Medicina contemporánea: Goyanes, Pedro Aguirre, Los Covisas, Hernando, Isidoro de la Villa, Urrutia, Tello, Olivares, Manuel Arredondo, Vigueiras, Moreno Bastante y algunos otros, que con el inolvidable Vázquez Figueroa, muerto temprana y desgraciadamente, formaron el cuadro de mis amigos predilectos.

Es para mí goce muy íntimo y satisfacción imponderable, sumirme ahora en el recuerdo grato de aquella amistad fraternal, que me unió siempre con todos ellos, jamás turbada por la menor sombra de encono o desavenencia; amistad honda y entrañable, limpia de todo interés mezquino; engendrada en aquella expansión sincera y efusiva, propia del alma juvenil, estrechada por la comunidad de anhelos y trabajos, forjada y endurecida, aunque parezca extraño, al calor de las polémicas y discusiones: pues aunque el ímpetu natural de nuestra juventud nos llevase a discutir apasionadamente sobre

todo lo humano y lo divino y mostrásemos, como es natural, gran diversidad de temperamentos, creencias y opiniones, nunca tales discrepancias pudieron resentir en lo más mínimo el núcleo de cordialidad y mutua estimación, que fué siempre clave firme y segura de nuestra amistad y compañerismo incommovibles.

Fundóse, por entonces, la *Unión Escolar* que fué, según creo, la primera asociación estudiantil de España y a ella pertenecíamos los estudiantes de todas las Facultades y de todas las Escuelas, de todos los órdenes y clases, sin excepciones de ninguna especie. Allí nos reuníamos y tratábamos todos como compañeros, como hijos de una misma madre, como verdaderos hermanos.

Yo recuerdo todo esto con una emoción imposible de dominar; perdonadme por ello, jóvenes amigos; ya sabéis que la emoción es achaque fácil de los cerebros viejos; perdonadme, sí; pero no debe extrañaros que un hombre como yo, que fué y ha sido siempre sangre y médula de estudiante, se emocione hoy al recordar aquellos vínculos de cordialidad y compañerismo que a todos nos unían entonces bajo el emblema de una sola palabra.

Yo no puedo, ni debo ocultaros, amigos muy queridos, que de todos cuantos males afectan hoy a la Universidad, el que más me preocupa y entristece es la escisión que veo iniciada entre vosotros y que no sé adonde podrá conducir. Acaso sea una exageración mía; ¡ojalá! no sea otra cosa que una suspicacia desprovista de todo fundamento; pero medita un poco sobre ello, poniendo en el empeño toda la buena voluntad de vuestras almas jóvenes.

Vosotros no sabéis todavía cuán arteramente el tiempo a su paso por el alma de los hombres todo lo amarga

e impurifica, todo lo corrompe y emponzoña. Lo que hoy os parece débil línea de separación, puede ser después muralla infranqueable; lo que en su origen fué leve discrepancia, mañana podrá ser odio mortal; lo que surgió entre hermanos, como ténue chispazo de discordia, cuando el viento lo aviva y enardece, puede llegar a ser guerra civil.

No perdáis de vista el lema de nuestra bandera: «Universalidad, universalidad», es decir: amplitud, tolerancia, confraternidad, dinamismo, evolución; lo cual es cosa bien distinta de hermetismo, parcialidad, intransigencia, estatismo e inmutabilidad.

Pensad, serenamente, que si nuestra actuación para ser fecunda necesita de aquella fusión íntima, misteriosa y divina entre el Maestro y el discípulo, aún le es más necesaria la unión entre vosotros, porque será la paz y la concordia en vuestros corazones.

Pensadlo y meditadlo bien en serio, que acaso en vuestra unión o en vuestra divergencia vá envuelto y empeñado el porvenir de España.

Muy pocas palabras más debo deciros, tanto por el temor de seros molesto cuanto porque de un modo muy especial se me ha recomendado que sea breve. Pero a mi modo de ver, no es necesario usar de grandes argumentos, ni de muy intrincados silogismos para demostrar y resaltar la grave responsabilidad moral en que incurrimos los Catedráticos, si no nos llegamos bien a percatar y no nos esforzamos en cumplir esta santa misión que en nuestros hombros pesa.

Nuestro ministerio tiene mucho de sacerdotal y hay, por lo tanto, que practicarlo con vocación y fé; nada

puede ser tan depresivo para la Universidad como corporación y para nuestra dignidad de profesores, como el que nos acostumbremos a mirar la Cátedra como un medio de vivir o de ayudarnos a vivir; nada hay tan contrario al espíritu mismo de la enseñanza como el Catedrático que pasa su vida esperando impaciente a que le den la hora en la clase y el ascenso en el escalafón.

Necesario es, de todo punto, que en nuestras enseñanzas sepamos llegar al corazón de los discípulos, procurando hacernos acreedores a su estimación y buen afecto; porque además, si nosotros, por ignorancia o desidia, no logramos hacerlo así, no ha de faltar, seguramente, quien intente ocupar nuestro sitio y suplantarnos en la misión que nos fué encomendada, sin perjuicio de hacerlo después peor que nosotros.

Pero el conquistar la estimación consciente y sincera de los hombres no es tarea tan fácil, ni puede lograrse, como el entusiasmo fugaz de las multitudes, con discursos ampulosos, lirismos de charanga y pirotecnias de ética barata, con relumbres de patriotería; sino que ha de conquistarse palmo a palmo, con el ejemplo de la labor diaria, con la abnegación y transparencia de toda una vida.

Si queremos que nuestros discípulos vayan derechos por el buen camino, no hay más remedio que marchar a su lado por la misma vereda, sentando nuestra planta al lado de la suya.

¿Qué efecto podrán tener si nó nuestros buenos consejos y exhortaciones de palabra, si ellos nos ven al mismo tiempo marchando a la rastra entre mezquindades y cobardías?

Hemos de pensar siempre que todas las miserias y pequeñeces y con mayor motivo las indignidades y ba-

jezas, tanto de nuestra conducta aislada y personal como de nuestra colectividad de Claustrales, serán forzosamente padrón de ignominia ante estos discípulos que constantemente nos ven; serán motivo de su befa y escarnio; pero también hay que temer, y esto es todavía más peligroso y triste, que puedan ser tomadas como patrón y guía de su ulterior conducta, porque el mal ejemplo es la enfermedad más contagiosa de todas cuantas se conocen.

El ejemplo, no la palabra, es lo verdaderamente persuasivo; sólo el trabajador, puede hablar de trabajo; solamente el que es justo, puede invocar justicia; solamente el hombre de corazón sano y conducta intachable, puede alzar su voz cuando los otros callan.

Para cumplir acertadamente nuestra misión en la enseñanza, más que a los alumnos, hemos de mirar a nuestro interior, a nuestro propio pecho; ya dijo, nada menos que Confucio, que «solamente aquel que sabe formar su propio carácter es capaz de regir el de los otros».



X64092483

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403409979

